

## CAPITULO VI.

### CAIDA DE CARTAGO.

Campañas de Anibal en Italia.—Constancia de los romanos.—Primer triunfo del cónsul Marcelo sobre Anibal.—Llega Asdrubal á Italia.—Es derrotado y muerto en el Metauro, y su cabeza arrojada al campamento de Anibal.—Sentidos lamentos y lúgubres vaticinios de éste.—Pasa Escipion de España á Roma.—Sus designios.—Oposicion que encuentra en el senado.—Pasa á Sicilia y desde allí á Africa.—Pérfida estratagema que emplea para derrotar á Siphax.—Anibal es llamado de Italia en socorro de Cartago.—Acude.—Entrevista de Anibal y Escipion.—Famosa batalla de Zama.—Triunfa Escipion y sucumbe Cartago.

Aunque los sucesos que vamos á referir en este capítulo acontecieron fuera del territorio de nuestra Península, influyeron grandemente en los destinos de España. Trátase ademas de la suerte que cupo á dos de los mas famosos capitanes de la antigüedad, que ambos habian inaugurado la carrera de sus glorias en los campos españoles. Trátase de dos guerreros insignes, que en nombre de las dos mas poderosas y mas enemigas repúblicas se disputaban el imperio del mundo. Trátase del final término que tuvieron las memorables luchas entre romanos y cartagineses; luchas sostenidas con soldados españoles, que peleaban fuera de su patria en contrarias filas, y que

solian decidir el éxito de las batallas en provecho ageno. Trátase, en fin, de la caida de una república que enseñoreó siglos enteros los mares, y estuvo á punto de sujetar la Italia y la España al dominio africano.

Dejamos á Anibal invernando en Capua despues del memorable triunfo de Cannas. Se ha hecho un cargo á aquel ilustre guerrero de no haber marchado derechamente sobre Roma, pero acaso en nada anduvo mas prudente el africano que en no empeñarse en la conquista de la ciudad eterna. Tal vez se han exagerado tambien los daños que en la disciplina y en la moralidad de su ejército causaron las ponderadas *delicias de Capua*: puesto que se vió todavía á este mismo ejército, no muy numeroso, sostenerse por espacio de muchos años en pais enemigo, pelear con vigor, mantener en respeto á Roma en medio de todo género de dificultades. Lo peor que tuvo Anibal contra sí fué la constancia romana, aquella constancia heroica que desplegaron los romanos pasadas las impresiones del primer aturdimiento. Todos, hasta los esclavos, se alistaban voluntariamente en las banderas de la patria: todos los ciudadanos derramaban espontáneamente su dinero en las arcas públicas: las naciones vecinas le prodigaban recursos y soldados. De tal modo se recobró Roma del susto de Cannas, que cuando se puso en venta el terreno sobre que acampaba Anibal, se presentaron tantos compradores como si la Italia se hallára limpia de enemigos; y

cuando se trató del rescate de prisioneros, Roma contestó con arrogancia, que no le hacían falta soldados que se dejaban coger vivos, y tuvo la audacia de intimar á Anibal que saliera aquella noche del territorio romano. Todo esto era propio de una república que cuando uno de sus cónsules volvía derrotado y vencido, le daba todavía las gracias por haber llenado su deber y no haber desconfiado de la salud de la patria.

Tuvieron los romanos la fortuna de apoderarse de Siracusa <sup>(1)</sup>, de donde sacaron inmensas riquezas, y redujeron toda la Sicilia á simple provincia romana. llamó entonces Roma al cónsul Marcelo, conquistador de Siracusa, para oponerle á Anibal, el vencedor de Cannas. Avanzaron los romanos contra Capua, y Marcelo tuvo la gloria de ser el primer vencedor de Anibal, el cual despues de haber hecho prodigios de valor, hizo una maravillosa retirada hácia la Lucania.

Fué, pues, perdiendo Anibal á Capua, Tarento, y la mayor parte de las plazas de la Apulia, donde luchó por espacio de tres años. No le quedaba ya mas esperanza que el ejército que su hermano Asdrubal capitaneaba en España. Ya hemos visto como los Es-

(1) En 213. Entonces fué cuando el grande Arquimedes, absorto en sus meditaciones geométricas, sin apercibirse del tumulto de la soldadesca romana que incendiaba y saqueaba la ciudad tomada por asalto, fué muerto por un soldado. El cónsul Marcelo, que había dado

órden expresa para que se respetara su casa, sintió vivamente su muerte, y queriendo repararla en lo posible, colmó á sus parientes de beneficios, y mandó erigirle una tumba en que se esculpió una esfera inscrita en un cilindro.

cipiones frustraban con sus triunfos en España las tentativas de Asdrubal para pasar á Italia en ayuda y socorro de su hermano.

Al fin, cuando Anibal llevaba ya diez años combatiendo en Italia, logró Asdrubal trasponer los Pirineos y los Alpes (208), como en el capítulo anterior dejamos referido. Envió tras él el grande Escipion una gruesa armada, con dinero, municiones y víveres, y muchos miles de guerreros españoles. Españoles eran tambien los soldados en quienes mas fiaban los cartagineses.

Contra Asdrubal envió Roma al cónsul Livio Salinator al Norte, contra Anibal al cónsul Claudio Neron á la Lucania. Grande era la ansiedad del pueblo y del senado romano. Asdrubal, digno hermano del mayor genio militar de la antigüedad, y á quien llama Diodoro el mas grande despues de Anibal, avanzaba hácia Ancona arrojando delante de sí al pretor Porcio, á la cabeza de cincuenta mil lusitanos y de algunos veteranos de la Galia. Reúnense á Livio los españoles que enviaba Escipion. Ambos temen los resultados de una batalla decisiva: porque si triunfa Asdrubal, sucumbe Roma; si Asdrubal es vencido, Cartago tiene que renunciar á Italia.

Entretanto Claudio Neron, mas afortunado en Italia que lo había sido en España <sup>(1)</sup>, había logrado

(1) Véase el final del cap. IV.

un triunfo sobre Anibal en la estremidad de la Lucania, cerca de Tarento. Allí le fueron enviados unos pliegos sorprendidos á un correo que á Anibal habia despachado su hermano Asdrubal, en que le revelaba todos sus planes y pensamientos de campaña.

Admiremos aqui el patriotismo de los romanos de aquella era. Aquel mismo Neron, que era enemigo mortal de Livio, olvidando sus particulares ódios y atendiendo solo al bien de la república, vuela en socorro de su colega con siete mil soldados escogidos. Vuela, decimos, porque separaban cien leguas los dos campos, y bastaron siete dias á sus tropas para salvar tan enorme distancia. Tan á las calladas lo hicieron, que ni Anibal advirtió al pronto su salida, ni Asdrubal notó su llegada. Incorporados los dos cónsules, aquellos cónsules que tanto se aborrecian, púsose Neron á las órdenes de Livio para combatir al enemigo comun. Pensamiento atrevido el de Claudio Neron, y abnegacion admirable, que le dieron á un tiempo gran reputacion de civismo y de capacidad.

Presentan al siguiente dia la batalla. Sorprendido Asdrubal de hallar á los cónsules reunidos, sospecha si su hermano habrá muerto, ó recela por lo menos que haya sido derrotado. Bajo el influjo de estos tristes presentimientos, iguales á los que años antes habia hecho él concebir en España á Cneo Escipión respecto

de su hermano Publio, esquiva el combate y emprende de noche la retirada. A las pocas horas de marcha los guias le abandonan, y el ejército se fatiga en idas y venidas por las márgenes del Metauro, buscando un vado que le es imposible hallar. El retraso da lugar á la llegada de los cónsules, y Asdrubal se ve forzado á aceptar la batalla. Rudo fué el choque entre las tropas escogidas de los romanos y la legion de España. Desbándansele á Asdrubal los ligurios, pero nada basta á hacer cejar á los soldados españoles, que firmes en sus puestos prefieren morir á retroceder un solo palmo. Tanta bizarría no sirvió sino para inmortalizar el nombre español (1). Sucumbieron al número, y fueron degollados como el mismo Asdrubal, que no queriendo sobrevivir á la derrota buscó la muerte, vendiendo cara su vida, en las lanzas enemigas (207).

La batalla del Metauro fué para Roma lo que para Cartago habia sido la de Cannas. Costó cincuenta mil hombres á los vencidos, veinte mil á los vencedores. Puede decirse que aquel dia, en un rincon de Italia, se decidió que España seria una conquista de los romanos.

Empañó alli Neron sus glorias con un hecho indigno de su nombre. Con bárbara inhumanidad hizo

(1) Tito Livio, el mas interesado en acrecentar las glorias de las armas romanas, encarece y tributa mil elogios al valor de los españoles en esta como en otras batallas.

cortar la cabeza de Asdrubal; y no contento con esto, mandó trasportarla á la otra estremidad de Italia y arrojarla en el campamento de Anibal; de Anibal, que mucho tiempo antes habia honrado con magníficas exequias el cadáver del cónsul Sempronio. A su vista el general cartaginés, enternecido y conster-nado exclamó: «¡Perdiendo á Asdrubal he perdido yo toda mi felicidad y Cartago toda su esperanza (1).» Con razon temia, pues ya no pudo Anibal hacer otra cosa que mantenerse á la defensiva, si bien todavía se sostuvo cuatro años en la Calabria contra todo el poder de Roma por la sola fuerza de su genio y del valor que supo inspirar á sus tropas.

Cuando Escipion acabó de expulsar de España á los cartagineses, pasó á Roma á dar gracias por sus triunfos á los dioses del Capitolio, con intencion al propio tiempo de preparar sus ulteriores planes sobre Cartago. Por las leyes romanas ningun ciudadano podia gozar los honores del triunfo antes de haber obtenido el consulado. Pero no necesitaba su gloria de aquella vana solemnidad. Hizo su entrada precedido

(1) Horacio en una de sus mas bellas odas expresó la afliccion de Anibal con estas sentidas palabras:

Cartagini jam non ego nuntios  
mittam superbos: ¡occidit, occidit  
spes omnis et fortuna nostri  
nominis, Asdrubale interempto!

«Ya no enviaré soberbios nuncios á Cartago: ¡se acabó, se acabó, muerto Asdrubal, toda la es-

peranza, toda la fortuna de nuestro nombre!»

de los carros en que conducia el oro y la plata que habia llevado de España, con muchos objetos preciosos, como muestra de la riqueza natural del pais que acababa de conquistar. Vistió luego la túnica de candidato al consulado, y no tardó en ser proclamado cónsul por una mayoría no vista hasta entonces en la república. Era su gran pensamiento político llevar la guerra al Africa y destruir de una vez á Cartago. Acogió el pueblo con entusiasmo aquella grande idea; no asi el senado, donde tenia muchos y envidiosos rivales, que se opusieron á aquel intento por los órganos de Fabio y de Caton. Pero al fin se adoptó el medio de darle la Sicilia con facultad de pasar á Africa, si circunstancias imperiosas asi lo exigiesen. Escaso ejército le facilitó la república, pero todo lo suplió el ardor de los ciudadanos. A poco tiempo reunió Escipion en Sicilia un armamento formidable, con el cual desembarcó en Africa llenando de espanto á Cartago, que desde los tiempos de Régulo no se habia visto amenazada por tan poderoso enemigo.

Contaba alli con la alianza de Masinisa y de Siphax: el primero no le faltó; pero el viejo rey numida le habia hecho defeccion pasándose otra vez á los cartagineses. Escipion determinó castigar aquella deslealtad con una perfidia, que no porque el numida la mereciera dejó de ser indigna del romano. Mientras andaba en tratos con Siphax y le entretenia con negociaciones, invadió una noche de improviso su cam-

pamento, y poniendo fuego á las tiendas en que dormian los soldados, hizo perecer con el fuego y con la espada á cuarenta mil africanos. Quiso disfrazar la alevosía atribuyéndola á inspiracion de los dioses, y ofreció sacrificios á Vulcano: pero quedaron la historia y la posteridad para condenarla.

De todos modos Cartago se vió en la precision de llamar á su seno á Anibal, que aunque debilitado, todavía permanecia en Italia teniendo en respeto á Roma. ¡Cuán sensible debia ser al cartaginés renunciar al bello pais que habia recorrido por espacio de diez y seis años, y en que habia ganado tantas glorias! Pero reconocia la justicia con que le reclamaba su patria, y no vaciló en volar en su socorro, no sin devastarlo todo á su tránsito y sin ejecutar sangrientas violencias. Iba pues á pelear un Anibal con otro Anibal, un Escipion con otro Escipion: el genio de Cartago con el genio de Roma. Anibal llega á Africa: los dos insignes guerreros se ven, se acercan, entablan pláticas. Bajo el pabellon de una tienda de campaña se tratan los destinos del mundo. Resultó de la entrevista el convencimiento de que una de las dos repúblicas tenia que dejar de existir, y se encomendó de nuevo la decision á la suerte de los armas.

Dióse entonces la famosa batalla de Zama en que por fin el genio del grande Anibal sucumbió ante el genio del grande Escipion, y Cartago quedó hu-

millada. Escipion hizo el mayor elogio de su rival, diciendo muchas veces que envidiaba la capacidad del vencido.

Duras fueron las condiciones de paz que el vencedor impuso á Cartago. La república vencida renunciaba á sus posesiones de fuera de Africa; daba en rehenes cincuenta principales señores de la ciudad escogidos por Escipion; se obligaba á pagar á Roma diez mil talentos de plata en cincuenta plazos, y lo que era mas sensible, entregaba sus naves; de quinientas á setecientas fueron quemadas delante de la ciudad, y Cartago pasó por la humillacion y desconsuelo de ver arder aquellas naves con que no habia sabido impedir el desembarco de Escipion: comprometíase Cartago á no emprender ninguna guerra sin el beneplácito de Roma, y á volver á Masinisa todo lo que habian poseido sus mayores y á darle cien rehenes. A todo esto accedió aquella república que con su poder habia asustado al mundo. Asi sucumbió Cartago.

Escipion volvió á Roma henchido de gloria y de riquezas. Delante de su carro triunfal llevaba al rey Siphax cargado de cadenas, pero el viejo numida murió antes de entrar en la ciudad. Todos los honores de que podia Roma disponer se prodigaron al vencedor, que recibió el sobrenombre de *el Africano*. Fué nombrado nuevamente cónsul, y despues censor. Celebráronse magníficas fiestas, y se decretó dar una

yugada de tierra á los soldados por cada año que habían hecho la guerra en Africa ó en España <sup>(1)</sup>.

(1) Creemos que el lector no llevará á enojo que le informemos brevemente de la ulterior suerte que cupo á estos dos grandes hombres, Escipion y Anibal, que ya no volverán á figurar mas en los asuntos de España. Su historia encierra grandes lecciones para la humanidad.

Hemos indicado en el texto que Escipion tenia en el senado muchos envidiosos de sus glorias: achaque de todos los grandes hombres. Estas envidias fueron dando su fruto. Despues de los triunfos de España y Africa que acabamos de referir; despues de haber contribuido á mantener á Filipo, rey de Macedonia, y á Prusias, rey de Bitinia, en la alianza de Roma; despues de haberle sido debida la victoria que su hermano Lucio ganó en Magnesia contra Antioco, rey de Siria; despues de hecha con este rey una paz que aprobó el senado, á su regreso á Roma le esperaban ya acusaciones en lugar de honores. El austero, el duro Caton, su principal enemigo, le hizo llamar á la barra del pueblo. Compareció Escipion y dijo: «Romanos, hoy mismo hace años que gané en Africa una brillante victoria contra el enemigo mas terrible de la república. Hoy soy llamado á responder á los cargos de un proceso. Desde aqui voy al Capitolio á dar las gracias á Júpiter de que me haya proporcionado tantas ocasiones de servir gloriosamente á mi patria. Seguidme, romanos, y acompañadme á pedir á los dioses que os den gefes que se me parezcan. Bien puedo usar este lenguaje, porque si es cierto que vuestras dis-

tincciones se han anticipado á mis años, tambien lo es que mis servicios han ido delante de mis recompensas.» El pueblo se levantó y le siguió entusiasmado: los tribunos acusadores se quedaron solos.

En otra ocasion calumniaba el mismo Caton su conducta con el rey Antioco, y en pleno senado le pedia cuentas de los gastos de las negociaciones. «Las cuentas, exclamó Escipion enseñando sus libros, aqui están: están corrientes y claras: pero no me hareis la injuria, ni os la hareis á vos mismo de exigírmelas.» El senado pasó á otro asunto.

Ni aun su valor estuvo exento de las insinuaciones péfidas de sus enemigos. Decíanle que no sabia ser soldado. «Cierto, respondia Escipion, pero he sabido siempre ser capitán.»

Parece que para ponerse á salvo de los tiros de la envidia, hubo de retirarse á una modesta alquería, donde pasó el resto de su vida dedicado á los cuidados de la agricultura como otro Cincinnato, y á los estudios de la literatura griega á que habia tenido aficion desde su mas tierna edad. Grande debió ser la ingratitud de Roma cuando en un momento de despecho le obligó á exclamar: «Ingrata patria, no poseerás ni aun mis huesos: *ingrata patria, ne ossa quidem mea habebis.*» Era un castigo para Roma privarla de las cenizas de un grande hombre. Murió Escipion en el mismo año que Anibal, el 372 de Roma.

No le estuvo reservada á Anibal mejor suerte. Al principio siguió dominando en Cartago, llegó

á la suprema magistratura, é introdujo algunos cambios en el gobierno de la ya pequeña y desarmada república. Pero no permitiéndole su genio dejar de suscitar enemigos á Roma, se concertó para ello con el rey Antioco de Siria. Noticioso el senado romano, se quejó al cartaginés, y temiendo Anibal ser entregado por sus propios compatriotas, huyó secretamente á Siria, donde tomó una parte activa en la guerra de aquel rey con los romanos. Encontráronse Escipion y Anibal en la córte de aquel príncipe. En una de sus entrevistas le preguntó Escipion: «¿Quién os parece el mayor de los generales que ha habido en el mundo?» «Alejandro, respondió Anibal:—¿Y despues de Alejandro?—Pirro, rey de Epiro.—¿Y el tercero?» «El tercero yo, respondió Anibal con arrogancia.—¿Y qué diriais si me hubiérais vencido?—Entonces, contestó Anibal, me con-

ataria yo el primero de todos.»

Como una de las condiciones de la paz con Antioco fuese la entrega de Anibal como promovedor de la guerra, tuvo que fugarse igualmente de Siria, y buscar un asilo en Bitinia, á cuyo rey prestó tambien importantes servicios contra los aliados de Roma. Hasta allí le persiguió el odio de los romanos, y temiendo por la seguridad de su persona intentó escaparse: pero el rey Prusias le tenia bien custodiado, y entonces aquel grande hombre, desesperando de poder librarse del hado cruel que le perseguia, tomó un tósigo que llevaba siempre consigo, y murió á la edad de sesenta años.

Tal fué el fin de aquellos dos ilustres rivales, de quienes dependieron los destinos de sus respectivas repúblicas, y que tanta influencia ejercieron en el de todo el antiguo mundo.